

Luxemburgo y los vikingos

María Fernanda Velandia Ovalle

Estudiante, Derecho, Universidad Santo Tomás, Bucaramanga, Colombia
mariafernanda.velandia@ustabuca.edu.co

En un pueblo de Santander llamado Puente Nacional nació Jesús Eduardo Ariza Merchán, hijo de una familia campesina, trabajadora y de principios encomiables. Creció sin muchas comodidades, pero con la certeza de que sus sueños eran más grandes que cualquier otra cosa. Durante su adolescencia quiso ser seminarista, pero sus ilusiones de entrar al seminario se verían truncadas por la situación económica de su familia, especialmente la de su padre, quien se encargaba de proveer económicamente el hogar. No era esta, sin embargo, la única razón por la que Eduardo no contaba con el apoyo económico de su familia, ya que en alguna ocasión se había presentado un altercado con su padre: al cumplir la mayoría de edad Eduardo votó por primera vez. Con la emoción que le generaba semejante hecho, lo hizo por el partido contrario al que su papá esperaba, este hecho provocó para Eduardo que su padre no volviera a dirigirle la palabra.

Eduardo logra entrar al seminario con la ayuda de su padre antes de que este decidiera no apoyarlo más y distanciarse completamente de él. Su vida entonces transcurre en el seminario con el único apoyo de su madre que, al fallecer, lo deja solo, triste y con la obligación de retirarse del seminario, puesto que él ya no podía sostenerse económicamente.

Cuando salió del seminario empezó sus estudios con el objetivo de ser docente, pues al darse cuenta de que la docencia era aquello que lo movía a continuar, decide dejar a un lado la ilusión de su adolescencia de convertirse en sacerdote, por ello sigue sus estudios y especializaciones para ejercer la docencia, tarea

que desempeña hasta 1997 cuando se retira y empieza a disfrutar de su pensión de jubilación.

A finales del 2001 se integra a una agrupación de profesores pensionados en la que conoce a mi abuela, quien también es docente pensionada. Ella quiso compartir con él los múltiples viajes y actividades recreativas de la organización. Crean un lazo de amistad incondicional por varios años, del cual fui testigo, así como también de la mutua colaboración que de ellos se desprendía sin egoísmos ni apegos, el cariño que ambos se tenían le enseñó a la niña de 10 años que yo era, que la amistad es amplia, generosa y compasiva y que no responde a ambiciones ni a esperadas retribuciones.

Eduardo era un amante del conocimiento, y por ello creía que no había mejor forma de aprender del mundo sino viajando: sabía español, latín, alemán, y era un fanático de la fotografía, a pesar de su edad su memoria nunca le fallaba para contar las múltiples aventuras que emprendía en todos sus viajes y travesías por el mundo; por ello, cuando visitaba mi casa después de un largo viaje me sentaba a escucharlo durante horas sobre todo lo que había aprendido de esos lugares, le conectaba el cable de la cámara al televisor para que mi abuela y yo pudiéramos ver las fotografías de los lugares fascinantes que visitaba y me decía muy amable, como siempre –Muchas gracias niña María Fernanda.

Había visitado Bielorrusia, Canadá, Tierra Santa, Roma, Bélgica, Holanda, Cuba, Perú, pero ninguno como Luxemburgo, decía Eduardo, y nos contaba sobre las historias de los vikingos y

yo simplemente quedaba fascinada, escucharlo hablar era conocer mil lugares, se acordaba de cada detalle y aunque parecieran nimiedades no lo eran.

Eduardo era respetuoso, amable, culto, honesto, correcto y poseía una de las facultades morales que más admiro en otros, que es la nobleza, nunca una mala palabra, jamás un mal comportamiento y siempre una sonrisa, incluso cuando contaba sus pesares o la vida que le había tocado. Frecuentaba mucho mi casa, especialmente cuando se sentía enfermo, porque su hermana que veía por él no se encontraba en el país, muchas veces llegaba a mi casa bastante enfermo y mi abuela nunca se negó a acompañarlo en su proceso.

Unos meses después de una de las visitas de Eduardo llaman a la abuela para avisarle que Eduardo había muerto. Desconsolada me comentó lo que le acababan de decir por teléfono, luego de unos minutos suena el celular de nuevo y mi abuela contesta, no solo Eduardo había muerto, sino que lo habían asesinado, su cuerpo tenía múltiples heridas con arma cortopunzante y rasguños en su rostro. Una noticia como la muerte de Eduardo que al principio parecía ser cercana a la realidad de mi abuela, por tratarse de una enfermedad de su apreciado amigo, de pronto ya no lo era, de repente esa realidad era otra, otra agresiva y tosca que no sabíamos cómo entender. La muerte por vejez

es una situación que, aunque difícil, es comprensible, pero esto era todo menos comprensible.

El dolor y la tristeza se apoderaron de mi casa durante meses, las visitas de Eduardo se acabaron, Eduardo ya no está y había que acostumbrarse a la idea.

Después de unos años escribo sobre Eduardo, con lágrimas en mis ojos, pienso en lo que es escribir para alguien que no me puede leer, pero también pienso en lo mucho que Eduardo significó en mi vida y en la de mi abuela, no era un amigo que de vez en cuando nos visitaba, Eduardo era un ser humano excepcional del que aprendimos durante años y al que le debemos solo la gratitud de quien te hace la vida alegre.

La hermana de Eduardo que vive en el exterior aun no comprende el porqué de la impunidad del caso de su hermano. Resignarse a la impunidad es el día a día de muchos colombianos y colombianas, pero lo que no entiende la justicia colombiana es que este no resolver hace que el duelo de las víctimas sea aún más doloroso, y que acentuar esa herida no es solo negligente sino inhumano.

Eduardo estará para siempre en el recuerdo de quienes lo conocieron, más allá de los rumores y el morbo sobre su muerte, así como yo también espero ir a Luxemburgo y aprender sobre los vikingos.